



#13

Julio 2022

(Trans)Fronteriza

De maternidades,
movilidades
y fronteras

Boletín del
Grupo de Trabajo

**Fronteras:
movilidades,
identidades
y comercios**



CLACSO

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Lucía C. Ortiz Domínguez
Gabriela Pinillos
Yafza Tamara Reyes Muñoz
Pascale Naveau
Militza Pérez Velásquez
Valentina Biondini
Benelli Velázquez Fernández
Y. Luciana Salazar Plata
Ollinca I. Villanueva Hernández

(Trans) Fronteriza : de maternidades, movilidades y fronteras no. 13 / Lucía C. Ortiz Domínguez ... [et al.] ; Coordinación general de Mariela Paula Díaz ... [et al.] ; editado por Mariela Paula Díaz ... [et al.]. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2022.
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-239-6
1. Maternidad. 2. Mujeres. 3. Personas Migrantes. I. Ortiz Domínguez, Lucía C. II. Díaz, Mariela Paula, coord. III. Díaz, Mariela Paula, ed.
CDD 305



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora Editorial

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora
Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,
Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |
<www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Coordinadorxs:

Mariela Paula Díaz

Instituto de Investigaciones Gino Germani
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires
Argentina
madidip@gmail.com

Bruno Miranda

Instituto de Investigaciones Sociales
Coordinación de Humanidades
Universidad Nacional Autónoma de México
México
brunofemiranda@gmail.com

Yolanda Alfaro

Centro de Estudios Superiores Universitarios
Universidad Mayor de San Simón
Bolivia
corredijolatortuga@gmail.com

Coordinadoras del Boletín #13

Lucía C. Ortiz Domínguez
Gabriela Pinillos

Comité editorial

Mariela Paula Díaz
Carlos Alberto González Zepeda
Yolanda Alfaro
Sofía Lifszyc
Bruno Miranda
corredijolatortuga@gmail.com

Contenido

5 Presentación

Lucía C. Ortiz Domínguez
Gabriela Pinillos

10 Maternajes migrantes

Diferencias culturales y prejuicios
en la atención ginecobstetra a
mujeres haitianas en Chile

Yafza Tamara Reyes-Muñoz

17 La maternidad en tiempos de crisis migratoria

Pascale Naveau

27 (Com)placer

Afecto y movilidad de dos en fuga

Militza Pérez Velásquez

32 Politización de la maternidad

La figura de la madre migrante en
el corredor oeste

Valentina Biondini

39 Las barreras que hay que cruzar

Madres centroamericanas en
Tijuana

Benelli Velázquez Fernández

46 Mujer, maestra, madre y migranta en el Caribe Colombiano

Y. Luciana Salazar Plata

52 De malas madres y madres sacrificadas

Mujeres centroamericanas
migrantes en la frontera sur de
México

Ollinca I. Villanueva Hernández

57 Recomendación de lectura

59 Convocatorias

Presentación

Lucía C. Ortiz Domínguez*
Gabriela Pinillos**

El Boletín (Trans)Fronteriza es un espacio abierto de discusión y difusión que convoca a reflexiones en torno a los procesos y coyunturas que se vinculan e intersectan en tres grandes categorías: fronteras, movilidades, identidades y comercios, pensadas como escenarios de intercambio de mercancías y productos que ponen en consideración las paradojas del actual sistema mundial. Bajo este contexto el Boletín busca establecer un puente para el diálogo en diferentes latitudes del continente americano y del mundo, para la conformación de una red extendida no sólo hacia quienes integran el Grupo de Trabajo CLACSO, sino también para todas aquellas personas que quieran sumarse al proyecto.

Desde el año 2020, el Grupo de Trabajo CLACSO *Fronteras: movilidades, identidades y comercios* ha llevado a cabo actividades en colaboración y sinergia con el Grupo de Estudios Fronterizos, adscrito a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), desde el enfoque de los estudios críticos de fronteras. Desde allí, ha buscado estrechar los vínculos, fortalecer y nutrir las discusiones, la forma de pensar, narrar y

* Investigadora posdoctoral del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) en El Colegio Mexiquense. Investigadora del Grupo de Trabajo CLACSO *Estudios Fronterizos* y miembro del Grupo de Trabajo CLACSO *Fronteras: movilidades, identidades y comercios*. Contacto: luciaortizdom@gmail.com.

** Investigadora posdoctoral del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Investigadora del Grupo de Trabajo CLACSO *Estudios Fronterizos* y miembro del Grupo de Trabajo CLACSO *Fronteras: movilidades, identidades y comercios*. Contacto: estudiosfronterizos.org@gmail.com.

comprender las movilidades, las migraciones y los procesos que suceden en el encuentro con las fronteras físicas y simbólicas.

A partir de lo anterior, en este número de (Trans)Fronteriza nos proponemos discutir y reflexionar sobre los procesos y experiencias de maternidad en contextos de movilidad en América Latina. El objetivo que perseguimos es visibilizar los diversos elementos y el carácter multidimensional y complejo contenido en la categoría maternidad. Esta propuesta surge como parte del seminario permanente “Maternidades: cuerpos, movilidades y fronteras” a realizarse durante el segundo semestre de 2022 a través del Grupo de Estudios Fronterizos y el Grupo de Investigación Ecología del Afecto. Como grupo de trabajo, consideramos importante des-semantizar las concepciones sobre maternidad, y proponer nuevos significados que respondan a las realidades que exponen cada vez más a las mujeres a situaciones de violencia y el no respeto de sus derechos y libertades. Nos interesa destacar, particularmente, el aspecto político, resiliente, vulnerable y estratégico de las mujeres que deciden ser madres y de aquellas que, a partir de su experiencia migratoria/fronteriza, deciden no serlo.

Con este amplio objetivo, este nuevo número se plantea como un primer acercamiento a la discusión; se reúnen las voces y la escritura de siete mujeres académicas, estudiantes, migrantes, cuyas reflexiones y trabajos complejizan la intersección entre movilidad y maternidad desde diferentes perspectivas y desde distintos lugares de enunciación, algunos están escritos desde el quehacer académico surgido del encuentro entre el espacio y el tiempo con otras mujeres y, otros, desde la experiencia propia como mujeres migrantes madres/no madres. Todos los textos contienen una ruta en común: deconstruir la noción de maternidad hegemónica que ha quedado en cuestionamiento ante el escenario actual de complejas movilidades en el mundo.

El Boletín condensa un cúmulo de experiencias que nos muestran la potencia de distintas maternidades. El primer texto, escrito por Yafza Reyes, nos da la posibilidad de encontrarnos con la experiencia vivida por las mujeres madres haitianas migrantes en Chile, y reconocer en ellas

el peso que tiene la visión occidentalizada que ha institucionalizado los mandatos de maternidad, el rol de las mujeres y los cuidados.

En el segundo texto, Pascale Naveau, nos acerca al entrecruzamiento del ejercicio de ser madre y de ser investigadora. En ese encuentro, la autora nos plantea una forma de pensar la maternidad como un lenguaje universal que permite romper con las fronteras del cuerpo, la clase social y con las barreras educativas. La maternidad como espejo, se convierte en una estrategia para acercarse a las mujeres migrantes y sus historias, y reconocerse mutuamente en ese punto en común.

Posteriormente, Militza Pérez nos invita a acercarnos a su espacio más íntimo en el que surge la relación madre-hija para conocer cómo se construyen y reconstruyen permanentemente los afectos en un espacio ajeno y en descubrimiento. En su narrativa describe cómo se cuestionan y se ponen en duda las decisiones del presente de manera recurrente y, sobre todo, frente a un futuro que se plantea siempre como incierto.

El texto de Valentina Biondini propone el concepto de “politización de la maternidad”, que resulta ser oportuno para pensar —como ella misma lo dice— sobre el entrelazamiento entre las prácticas, los discursos y las instituciones en la acción de maternar, en un contexto fronterizo poco estudiado en América del Sur que incluye cuatro países, Bolivia, Argentina, Chile y Perú. A partir de ello, problematiza cómo las organizaciones no gubernamentales reproducen que el papel del cuidado de los hijos e hijas está siempre puesto sobre las mujeres migrantes.

Por su parte, Benelli Velázquez, dibuja la experiencia de mujeres migrantes centroamericanas en una de las fronteras más transitadas y emblemáticas del mundo como es Tijuana, y delinea algunas de las dinámicas que suceden en ese contexto a partir de la intersección de las categorías mujer, migrante, madre, y los obstáculos que enfrentan en la vida cotidiana mientras esperan llegar al lugar deseado o proyectado, Estados Unidos.

Por otro lado, Yazmín Salazar presenta otro acercamiento a lo íntimo, para exponernos y narrar cómo se representan en ella las expectativas sociales sobre la maternidad, lo que sucede en medio de un contexto de pandemia y de confinamiento, en el que se yuxtaponen todas las actividades de la vida en un solo espacio: el hogar. Es una expresión de los encuentros y desencuentros, las rupturas, los ciclos que produce la movilidad, las relaciones con la hija con doble nacionalidad, con la pareja y la familia, como mexicana migrante en Colombia.

Finalmente, el texto de Ollinca Villanueva, pone en discusión cómo las maternidades de las mujeres migrantes centroamericanas son continuamente cuestionadas, la movilidad de las mujeres es juzgada en cualquier forma en que ésta sea llevada a cabo: se cuestiona haber dejado a sus hijos/as en sus lugares de origen, al tiempo que se cuestiona cuando se migra con ellos/as. Su planteamiento nos permite debatir sobre aspectos más estructurales que atraviesan las diversas experiencias de maternar en la movilidad y esto sirve como punto de partida para una discusión más amplia.

A través de las propuestas plasmadas en este Boletín, consideramos que la conjunción de las categorías: mujer, madre, migración y frontera, permite desvelar una serie de violencias estructurales por las que atraviesan las mujeres. La maternidad resulta una estrategia, muchas veces obligada, para cumplir objetivos que rebasan los deseos individuales. Pero no menos importantes son aquellos actos de maternar que se sostienen en el amor y la ternura, y que constituyen ejercicios auténticos de transformación social.

Este boletín está pensado por mujeres sobre mujeres, desde aquí buscamos aportar al debate en torno a las distintas formas de *maternar en movimiento* y proponer nuevas perspectivas, narrativas, miradas e implicaciones sobre el rol que tienen las madres y las no-madres (mujeres al fin) que se desplazan, caminan, esperan, organizan el cuidado en el trayecto (tiempo y espacio).

Lo contenido en este número es un punto de partida que esperamos permita definir un camino para alentar y alimentar estas y otras discusiones. En este primer acercamiento, podemos reconocer algunos temas que han estado presentes en la discusión sobre maternidades y migraciones. A partir de ello, podemos identificar unas líneas de discusión que son áreas de oportunidad para reflexionar y profundizar más en torno a este tema, que son urgentes y necesarios abordar, por ejemplo, los múltiples afectos, la no maternidad en contextos migratorios y frente a las subjetividades que plantea el cruce o no cruce de fronteras, maternidades alternativas o diversas, quiénes son las y los sujetos que maternan, por mencionar algunas.

Maternajes migrantes

Diferencias culturales y prejuicios en la atención ginecobstetra a mujeres haitianas en Chile

Yafza Tamara Reyes-Muñoz*

Este texto surge desde el activismo feminista y antirracista condensado en una etnografía militante como parte de mi tesis doctoral en Ciencias Sociales titulada *Maternidades Negras: La interseccionalidad como clave en el abordaje decolonial de la violencia estructural hacia las mujeres haitianas residentes en Chile*.

Bajo ese contexto, el ensayo que les comparto se construye a partir de relatos sobre las formas en las cuales las mujeres haitianas residentes en Chile viven sus procesos de gestación y maternaje, y cómo, debido a sesgos racistas, clasistas y xenófobos de profesionales de salud de dicho país, estas prácticas son violentadas debido a supuestas diferencias en estándares nacionales sobre el parto, el apego y la lactancia.

• Antropóloga feminista, y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Católica de Murcia, España.
Contacto: yafzatomara@gmail.com.

Haití: una breve, pero necesaria contextualización

Haití tiene una población de poco más de once millones de personas según datos censales de 2019 y éstas se declaran en un 60% negras, 30% mulatas y 10% blancas. Sin embargo, y pese a numerosos movimientos sociales que reivindican la figura haitiana como agente de resistencia política y cultural por ser el primer país de la región en declarar su independencia en 1804, éste vive una situación de precariedad extrema, debido a procesos de explotación internacional tras su independencia de Francia: corrupción de las élites nacionales, además de embates naturales que no le dan tregua. Por ello, su economía es la más pobre del continente americano y una de las más desfavorecidas del mundo, 80% de su población vive bajo el umbral de pobreza.

Estos hechos propiciaron desde el año 2010 un éxodo de personas haitianas hacia diversos países de América del Norte, Francia (por la cercanía idiomática) y países de América Latina, entre ellos Chile, considerado hasta hace poco una próspera economía con gran estabilidad política, respecto de sus pares latinos.

Sin embargo, los desfavorecidos datos socioeconómicos de Haití fueron cimentando imaginarios en los sujetos chilenos respecto de los ciudadanos haitianos como sujetos pobres, subdesarrollados, carentes de capital económico y por tanto migrantes no deseados, ya sea en el ámbito de la salud, la educación, el acceso a justicia, etcétera. En este escenario, la maternidad de las mujeres afrodescendientes ha encontrado en Chile complicaciones poco exploradas y profundamente violentas que deben ser abordadas de forma interseccional, para permitir una vida digna a las mujeres haitianas y a sus infancias, quienes, nacidas en Chile, hoy también son ciudadanos/as chilenos/as.

El embarazo, el parto y el maternaje: diferencias entre Haití y Chile

En Haití cuando las mujeres se enteran que están embarazadas no siempre van a sus controles ginecobstetras. Esto es relevante, pues en Chile, una meta sanitaria es precisamente controlar el embarazo de todas las mujeres que habitan el territorio nacional, antes de las 12 semanas. Para la médica haitiana Chouloune Prevaud, esto tiene que ver con aspectos culturales, pero también con los recursos de la mujer gestante, y la cercanía que tiene con los centros médicos. Por lo tanto, en general las mujeres haitianas retrasan sus controles mucho más allá del tercer mes. Algunas de ellas señalan al respecto:

A las mujeres no les gusta ir a sus controles cuando están embarazadas. En realidad, es más bien que piensan que no es necesario controlarse: es que me siento bien, no voy [...] Porque además si vive en un sector más de campo, no hay muchos centros de salud, entonces es más difícil poder asistir al centro médico (Entrevista, 2019).

Existen mujeres que practican la medicina natural en Haití y que son muy frecuentadas por la comunidad haitiana para resolver sus problemas de salud y por supuesto también para acompañar a las mujeres embarazadas en su proceso.

[...] Es muy común que mujeres embarazadas vayan a este médico —o médica naturista, porque en realidad son más mujeres que hombres—. Ellas tienen un don. Y a veces —más en los campos (porque los centros médicos están muy lejos) —, se hacen partos en casa. Entonces no siempre las mujeres van a sus controles al centro de salud, porque esa médica ayuda con el embarazo (Entrevista, 2021).

Ésta es una gran diferencia con respecto de la realidad chilena, donde el embarazo domiciliario es muy poco frecuente al igual que el acompañamiento de parteras o médicas naturistas.

Ahora, en el proceso mismo del embarazo la gestación se transforma en una cuestión comunitaria, donde las redes entre mujeres de la familia

de la gestante e incluso las redes vecinales son sumamente relevantes, pero muy poco comprendidas en Chile, donde el embarazo suele ser una cuestión más privada e individual.

En Haití todos cuidan a la mujer embarazada, hasta los vecinos. Todos se hacen cargo y buscan apoyo para ella. (Entrevista, 2019).

Bueno, la mamá (cis) cuida, las amigas, las vecinas [...] mucha gente está preocupada de ella mientras está así, en su embarazo (Entrevista, 2019).

Respecto al parto, éste está sumamente medicalizado y patologizado en Chile, por lo que las mujeres están obligadas en 100% de los casos a parir en posición supina, es decir, acostadas sobre una camilla, conectadas a sueros intravenosos y monitores fetales que controlan signos vitales de la madre y el bebé. Esto significa que no tienen opciones de movimiento, mucho menos autonomía y el parto finalmente termina convirtiéndose en una experiencia que en nada se diferencia de una intervención quirúrgica compleja. Pero en Haití, el proceso es sumamente diferente. Por un lado, no sólo porque existe un número importante de partos realizados en casas —principalmente en lugares rurales o alejados de las ciudades y por ende de los centros médicos—, sino porque las mujeres practican formas de autonomía que les permiten movimiento dentro de los centros asistenciales y de este modo de hacer frente a los dolores de las contracciones. Por ejemplo:

Las haitianas se sientan en el piso cuando sienten mucho dolor. Para disminuir el dolor de las contracciones, ellas se sientan en el piso. Y eso lo ven súper mal los médicos aquí. Por ejemplo, hay mujeres que hasta se ponen debajo de las camillas, porque el contacto con el piso, relaja. Es una conexión con la tierra y el dolor se alivia. O estar en posición fetal, pero en el piso, así en cuclillas, agachada, pero aquí [en Chile] eso está mal. La matrona siempre reta a las mujeres qué ¿por qué está haciendo eso? Ellos no entienden.

También bailar. Si, bailamos [...] Porque hay que moverse, no sé [...] es que como el dolor es muy fuerte, no puedes quedarte sin moverte, es como una desesperación, hay que moverse, cantar, bailar, hacer algo, acostarse en el piso [...] (Producción Narrativa, 2020).

Y, por otro lado, porque el proceso mismo de parir es, en la mayoría de los casos, fisiológico a diferencia de la realidad chilena, uno de los países con el índice de cesáreas más altas del mundo:

Allá hay más partos naturales. Allá a nosotras, lo que hacemos, es parto natural, porque así es como queremos. La cesárea se hace cuando el parto es difícil [...] si es que hay complicaciones. Si hay posibilidad de parto natural, nunca se hace cesárea.

Los médicos no hacen cesárea porque la mujer quiere hacer cesárea, la cesárea se hace si el bebé viene mal [...]

Otra cosa también muy diferente, es que aquí en Haití no se baña al bebé cuando nace, sólo se limpia. Porque eso va a hacer daño al bebé más adelante. Pero aquí los médicos no entienden y retan a las mujeres porque sólo quieren limpiar con un pañito y estar con él. Y se los llevan, se los quitan, no dejan que la mamá esté más tiempo con el bebé [...] (Producción Narrativa, 2020).

Finalmente, la lactancia de las mujeres haitianas es otro tema fuertemente cuestionado por profesionales de salud chilenos/as, quienes señalan que no logran *enseñar o hacer entender a las mujeres haitianas sobre la importancia de dar teta* (Notas de campo, 2020).

Es que no hay caso, no podemos explicar la importancia de dar lactancia materna. Tenemos muchos bebés con riesgo de desnutrición o con desnutrición, porque muchas veces las mamás no dan lactancia materna [...] las mujeres haitianas no alimentan a sus bebés [...] entonces los bebés de tres a cuatro meses comienzan a comer alimentos sólidos. Y la OMS dice que a los seis meses deben comer sólidos [...] no sabemos cómo hacer para que aprendan, cómo educarlas (Enfermera, Taller, 2020).

Pero las mujeres haitianas desmienten estas afirmaciones señalando:

Las mujeres dan pecho siempre, no es verdad que no damos pecho. Pero pocas mujeres amamantan hasta los seis meses sin dar comida (lactancia exclusiva). Aquí les dicen que no den comida. Pero allá [en Haití] le dan comida antes de los seis meses (Entrevista, 2021).

Cuando los niños están llorando, se dice que hay que darle comida. Entonces las mujeres dan pecho más o menos entre 18 y 20 meses, pero aquí retan a las mujeres porque dan comida. Cuando van al centro médico, siempre hay una forma de no tratar bien a las mujeres. (Entrevista, 2021).

Sin embargo, la insistencia en la no lactancia de las mujeres haitianas hacía sus bebés ha propiciado que sean acusadas de abandono e incluso vulneración de los derechos hacia sus infancias por supuestamente no amamantarles. Esto en gran medida obedece a un sesgo racista por parte de los/as profesionales de la salud quienes las acusan y constantemente señalan:

Por ejemplo, yo no entendía por qué las mujeres haitianas eran tan descariñadas con sus hijos. Pero yo me informé y comprendí que es una cuestión cultural, porque allá la tasa de mortalidad es tan alta, que es muy probable que los niños se les mueran (Profesional técnica, Entrevista 2019).

A nosotros nos hicieron una capacitación de la OPD [Oficina de Protección de Derechos] y nos explicaron que las mujeres haitianas no quieren a sus hijos, porque allá, como es un país tan pobre, es muy fácil que se les mueran [...] (Educadora, Taller, 2020).

Reflexiones para hacer frente al racismo, el clasismo y xenofobia

Constantemente los/as profesionales de la salud etiquetan a las mujeres haitianas como poco apegadas, frías, descariñadas, etcétera., porque no siguen las indicaciones técnicas sobre cómo ejercer la maternidad según lo que se les ha enseñado en los centros de salud, por ejemplo, dar lactancia exclusiva hasta los seis meses o desarrollar el apego entendido como control y dependencia, o ser *demasiado* estrictas en el trato a sus infancias. En consecuencia, porque no practican el mandato colonial y hegemónico respecto de cómo ser una verdadera mujer y, por ende, buenas madres, es decir: obedientes, generosas y sufrientes.

Las mujeres haitianas son vistas entonces como las conflictivas, las exageradas, las intolerantes al dolor, las histéricas, porque se mueven en la sala de parto, caminan, bailan, cantan. También se preocupan si, sin causa aparentemente justificada, les inducen el parto o las llevan a pabellón para realizarles alguna cesárea. En resumidas cuentas, parece que no aceptan —como si, supuestamente lo aceptarán las mujeres chilenas—, el control de sus cuerpos y de sus procesos gestacionales y de parto, ya sea por desconocimiento, por miedo o simplemente porque no están preparadas para aceptar los dictámenes de la biomedicina que las etiqueta, las discrimina y las convierte en “malas madres”.

Por todo lo anterior, es urgente trabajar desde una perspectiva interseccional en el abordaje de las maternidades migrantes, pues en estas prácticas coexisten, por un lado, profundos desafíos y aprendizajes propios de las mujeres para mantener sus prácticas de maternaje; y por el otro, resistencias a los sesgos de las prácticas de las y los profesionales de la salud, quienes deben desmitificar los estereotipos que tienen sobre las madres haitianas, porque esos sesgos han sido los responsables de casos de violencia extrema contra mujeres haitianas, tales como las lamentables muertes de Joane Florvil, Rebeka Pierre y Monise Joseph, a causa de negligencias médicas y judiciales, además de racismo, clasismo, y xenofobia contra los sujetos-cuerpos haitianos/as.

La maternidad en tiempos de crisis migratoria¹

Pascale Naveau*

Me llamo Pascale, tengo 36 años, soy socióloga, belga, madre de Matías (siete años) y Léa Lou (dos años). Vivo en México desde el año 2012 y tengo residencia permanente. Me acompañan a lo largo de la lectura Yazmín y Patricia de Honduras, así como Reyna María, Marlene y Yesica, de El Salvador. Nos conocimos en el verano de 2015 en el centro de solicitantes de asilo para familias monoparentales (madres con hijos) y de menores de edad en Tapachula, una ciudad fronteriza entre México y Guatemala. Durante dos semanas, nuestro encuentro se construyó en torno a las *Cajas de Vida*.

Cajas de Vida fue un proyecto de arte participativo que realicé en colaboración con el artista Cristian Pineda y el videasta Michael Matus. El proyecto contó con el apoyo financiero y logístico del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) en el marco de

* Investigadora Posdoctoral en la FCPyS de la UNAM. Miembro del CriDIS (Centro de Investigación sobre Democracia, Instituciones y Subjetividad) y del SMAG (Social Movements in the Global Age) (UCLouvain). Contacto: pascalenaveau@yahoo.fr.

¹ Este texto fue escrito gracias al apoyo de la beca de posdoctorado de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS).

la campaña “Niños de paz”. El objetivo del proyecto era proporcionar un medio de comunicación alternativo a las mujeres centroamericanas solicitantes de asilo, para que pudieran exteriorizar, directa o indirectamente su experiencia migratoria, historias de vida, recuerdos, esperanzas y sufrimientos.

Durante la acción artística de *Cajas de Vida*, cada participante trabajaba en ella dedicándole toda su atención. Las cajas eran de madera, de 60x60 centímetros. La idea original consistía en realizar talleres de dos semanas con los refugiados que tenían la intención de asentarse en un nuevo lugar. Las *Cajas de Vida* tenían como meta ofrecer la posibilidad de plasmar una parte de su historia y de su identidad dentro de un espacio. El interior de la caja era dedicado a recibir el testimonio personal, y el exterior era para compartir sobre su lugar y cultura de origen.

Al abordar estos temas a través de un proyecto de arte participativo, el intercambio y el testimonio adquieren otra dimensión, ampliando los límites de las palabras, las cifras, las estadísticas, los prejuicios y las observaciones apresuradas. El trabajo de campo también puso a prueba los límites logísticos personales, ya que trabajé durante las dos semanas en presencia de mi hijo, Matías, que tenía en ese entonces once meses.

Junto a estas mujeres e hijos (presentes o a menudo ausentes), la maternidad en tiempos de migración me enfrentó a cuestiones subjetivas y sociales que superan el marco migratorio o maternal. Cada día, más mujeres y niños cruzan las fronteras arriesgando su vida. La presencia de mujeres acompañadas de sus hijos o embarazadas desafiaba mi mirada y mi empatía como mujer, madre y migrante. Estas historias de vida sobre la huida nos muestran una cara de la maternidad, en tiempos de migración, que presentan importantes retos emocionales y psicológicos como el miedo, la tristeza y la vergüenza de haber dejado a sus hijos en casa para salvarse la vida.

A lo largo de los encuentros y las pláticas con las madres y mujeres migrantes, la crueldad de la violencia que condiciona la experiencia migratoria se hace presente sin impedir la reflexión. Este hecho lo considero

posible gracias a mi identidad de mujer, madre y migrante, la cual da lugar a una alquimia que me permite realizar mi trabajo asumiendo mi(s) identidad(es) y también las múltiples identidades de las madres y mujeres migrantes.



En esta fotografía se ve a Reyna María trabajando en su *Caja de Vida* con una mano y sujetando a su bebé con la otra para que no se baje de la carriola.

Fuente: fotografía propia, 2015.

Mientras ellas realizaban sus *Cajas de Vida*, yo hacía observaciones, entrevistas y fotografías. Durante esas dos semanas tuvimos muchos momentos informales en los que las mujeres se reunían y los niños jugaban sin preocuparse de la crueldad que ha provocado la deriva de sus vidas.

El proyecto *Cajas de Vida* se concibió en 2012, pero en 2015 recibimos el apoyo institucional y financiero para llevarlo a cabo. Mientras tanto, la maternidad se deslizaba en mi vida, pero no era motivo para abandonar el proyecto. En 2015, mi hijo Matías tenía once meses, lo amamantaba y lo llevaba a cada parte conmigo. Nunca dudé en llevarlo conmigo al

trabajo de campo. Sabía que iba a ser algo nuevo, también sabía que era bastante inusual hacer un trabajo de campo con un hijo, especialmente en el contexto de un centro cerrado para solicitantes de asilo en la frontera sur de México. No sabía cómo iba a hacerlo, pero sabía que no era imposible. Habiendo realizado muchos proyectos de arte participativo con migrantes en el pasado, me pareció bastante factible realizar esta experiencia con mi hijo. En ese momento no tenía otra opción, o se venía conmigo o abandonaba el proyecto.

En el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de las Familias (DIF) había varias madres con sus hijos pequeños (bebés). Así que yo era una más, llegando de un día para otro con un niño bajo el brazo. Lo amantaba, lo llevaba en brazos, le hablaba, jugábamos, nos reíamos, nada especial comparado con las otras mamás del centro DIF. No había que romper el hielo entre nosotras. Esta reciprocidad entre mujeres y entre madres se debe, sin duda, a que compartimos una experiencia común y colectiva en la que mi identidad profesional quedaba prácticamente borrada y daba paso libre a mi identidad como madre migrante. En efecto, para estas mujeres soy una madre migrante que vive y cría a su hijo lejos de su país y de su familia. Los papeles se invierten, y son ellas las que expresan su empatía preguntándome si no es demasiado difícil para mí vivir lejos de mi país y si no echo de menos a mis familiares.

Los momentos de reciprocidad no me hacen olvidar que tengo papeles y que si vivo en México es por elección, no porque mi vida corra peligro en mi país de origen. No estoy huyendo con un niño en brazos o en la panza. Esta diferencia es enorme y me sacude cada vez que veo las historias de vida de Yazmín, Patricia, Reyna María, Marlene y Yesica. Yazmín que huye de una pareja extremadamente violenta y deja atrás a sus cinco hijos; Reyna María que huye con sus dos hijas, de nueve años y doce meses, después de que su marido fue asesinado por una pandilla; Marlene que huye con su hijo después de haber sido amenazada de muerte por sus primos, miembros de las Maras; y Yesica, embarazada de su primer hijo, y con el padre de su bebé encerrado en un centro migratorio.



Fuente: fotografía propia, 2015.

La *Caja de Vida* de Reyna María. Inicialmente había utilizado el interior de su *Caja de Vida* para ilustrar elementos representativos de su cultura de origen. Sin embargo, tras una conversación con su hija mayor, decidieron utilizar este espacio para hacer un altar en honor a su esposo, el padre de sus dos hijas.



Fuente: fotografía propia, 2015.

Yasmín ilustra en su *Caja de Vida* todo su recorrido migratorio, desde el momento en que fue objeto de violencia por parte de su pareja, hasta su llegada al centro del DIF de Tapachula y su plan de ir a Houston, traer a sus cinco hijos y abrir una panadería.



Fuente: fotografía propia, 2015.

Yesica, una madre embarazada, utilizó su *Caja de Vida* para crear una habitación de bebé para Kiara Hiroshi. Sin seguridad para su futuro, Yesica afronta su embarazo y sus dudas sin el padre del bebé, sin su familia y sin sus amigas. Por lo tanto, la experiencia con otras mujeres y madres del DIF es esencial en su equilibrio emocional.



Fuente: fotografía propia, 2015.

Marlene está huyendo con su hijo Alexander. Este último vivía una pesadilla en su país, donde sus primos miembros de las Maras lo amenazaban. Marlene se separó entonces de sus otros cinco hijos para acompañar a su hijo Alexander en la ruta migratoria hacia un lugar seguro.



Retrato de los cinco hijos de Marlene.

Fuente: fotografía propia, 2015.

A pesar de estas grandes diferencias de contextos de vida, estas dos semanas de convivencia estuvieron marcadas por una gran reciprocidad entre mujeres. Mi hijo Matías pasó dos semanas migrando de brazo en brazo, de Honduras a Guatemala, de Guatemala a El Salvador y de El Salvador a México, pasando por Bélgica. La maternidad y la sororidad son experiencias que tienen el poder de alterar y subvertir la noción de frontera. Estos momentos entre mujeres ponen de manifiesto el poder del amor y la empatía. No hay rivalidad política, económica o cultural, estamos todas juntas en esto. En esta experiencia, mi hijo ha dado y recibido amor, así como momentos de vida y alegría conviviendo con mujeres y madres en un contexto marcado por la violencia y la crueldad.

Mis referencias académicas fueron totalmente alteradas por mi identidad como madre migrante. Y es a partir de esto que la experiencia de campo se libera del marco sociológico y que las reflexiones sobre la subjetivación del investigador adquieren todo su sentido. Esta subjetividad se logra colectivamente abriéndome a las demás, a las mujeres y madres, dándoles un lugar activo en mi investigación de campo, no considerándolas como objetos de investigación, sino como aliadas, cuya existencia me inspira y me hace vulnerable pero fuerte al mismo tiempo.

La historia que hemos construido juntas pone de manifiesto que hay belleza incluso en tiempos de crisis. En este caso, la belleza fue dibujada por la experiencia colectiva entre mujeres, madres e hijos. Estos momentos, aunque tienen una temporalidad limitada por los talleres de arte participativo, siguen presentes a través del esfuerzo de construcción de memoria colectiva que realiza el artista cuando exhibe las *Cajas de Vida*, y de mi trabajo personal cuando escribo y comparto sobre la experiencia de arte participativo con las madres y mujeres migrantes. Gracias a la memoria colectiva, la experiencia de 2015 en Tapachula sigue viva y va migrando de un espacio y de un país al otro.

(Com)placer

Afecto y movilidad de dos en fuga

Militza Pérez Velásquez*



Foto de madre e hija en Roraima-Brasil. Fecha: 2019

Sin abrir los ojos me parece escuchar el cotorreo de las guacamayas, aquellas desordenadas que cada mañana nos despertaban. Cerrando aún más los parpados, destellan en mis recuerdos el azul eléctrico y el

• Mestra en Sociedade e Fronteiras na Universidade Federal de Roraima vinculada ao Grupo de Estudo Interdisciplinar sobre Fronteiras: Processos Sociais e Simbólicos (GEIFRON). Contacto: perez.militza@gmail.com.

amarillo tostado de sus plumas y brevemente me acarician los vientos, los alisios que recorren nuestro valle caraqueño. Hoy, veo otros colores que cubren nuestros días. En los últimos tiempos, nuevos espacios bañados de un sol incandescente al que hemos debido acostumbrarnos se mezclan con el verde amazónico, ambos sirven de fondo a nuestra reciente realidad. Todo se presenta como novedad, a veces se resignifica en otras maneras de vivir y sentir. En fuga por la vida, un equipo de dos, 47 y 16, florece en movilidad.

El amor me motiva, me da el impulso, aunque a la par tiemblo, titubeo, tomo fuerzas, desfallezco, pero confío en que salimos a tiempo. Empiezo a comprender la dimensión de lo no medible, lo inconmensurable, me complace cuidar con amor a mi hijita. Aun así, me pregunto todos los días si estaremos en el camino cierto, porque aprender a vivir sufriendo tanto rechazo de otros humanos se mantiene como el mayor desafío. Todo el sentir es muy contradictorio ya que, la búsqueda de estabilidad y protección se da precisamente en un entorno árido, a veces espinoso donde debemos hacer metamorfosis para tener derecho a la vida, en el que sobre todo ella, tiene derecho a renacer.

Nos vemos, nos reconocemos valientes, nosotras quienes frente a la fragilidad decidimos paso a paso resistir, en esas luchas que las mujeres migrantes, no de ahora, sino desde hace mucho enfrentan y cuya motivación son sus propias vidas, las de sus hijos, las de sus familias, en un mundo hostil, en el que sublime y con mucho placer, queremos, arropamos y abrazamos a los nuestros para que sea menos difícil su andar.

A la par, otros hacen vida en todo lo que era nuestra cotidianidad aprovechando nuestra ausencia para regodearse diariamente del azul Caracas, respirando El Ávila, saboreando el Mar Caribe y habitando nuestros afectos. Quizás nuestra ausencia poco se nota, pero conviene, no sólo de dos, sino de millones que no importan, que no cuentan. En defensa propia, al fin y al cabo, ganamos perdiendo el miedo, sumando coraje en esta familia de dos.

Maternar y (com)placer difiere de romantizar el hecho de ser madres. Se trata de aceptar el miedo a ser mamá, a no siempre tener las respuestas, a distinguir la delgada línea de ser amiga, a establecer otros caminos de comunicación, a asumir una responsabilidad infinita, de aprender a soltar y a confiar. Se suma, hacerlo en un nuevo contexto en el que lo conocido se transforma consecutivamente y en donde nuestros hijos continúan creciendo con otros referentes y costumbres diversas que no son aquellas arraigadas en nuestras memorias.

Intento que mi hija comprenda nuestras circunstancias, vinculadas a condiciones más limitadas, a una red familiar inexistente, pero recurrentemente no logra dimensionarlo. Somos madre e hija por 24 horas, los 365 días del año, lo cual nos sobrecarga de emociones y desencantos cotidianos en nuestra convivencia. Me pregunto si lo estaré haciendo bien o qué es lo que estará mal, por las grandes expectativas colocadas en la espalda de nosotras en el ejercicio de nuestra maternidad, cuando cada idealización nos golpea y se coloca en tela de juicio nuestras decisiones e instintos.

Mientras tanto aprendimos a vivir con menos, realmente mucho menos de lo que estábamos acostumbradas, lo que constituye un balance más real y consiente de nuestras necesidades. De momento nuestros aires se recrean en los ideales juveniles de que todo es posible y realizable. Mi cansancio no parece evidente para Paola, aun así, imagino que más temprano que tarde logrará reconocerlo. Doy foco a las cosas buenas, que siempre las hay, para que la balanza ceda a la mejor mirada.

Debo reconocer que la adolescencia es completamente abrumadora para cualquiera de las partes, así como insufrible muchas veces. Así que maternar se conjuga a veces a ciegas, probando, experimentando. Me conforta hacerlo de la mejor manera que pienso, lo que no significa que todos lo aprueben. Soy ferviente creyente de que debemos aceptar cada uno de los tropiezos necesarios para crecer, para lo cual no hay límite de tiempo, por lo que ahora seguimos caminando.

En cuanto a Paola, no es más una niña, ella crece en un entorno enrarecido, nuevo, desconocido, que activa aún más mis inseguridades y mis sentimientos de protección. La sensación de no sentirnos seguras es algo a lo que intento no acostumbrarme. Muchas veces me responsabilicé por las decisiones que tomé al trasladarnos a otro país, lo que expuso a mi hija a la discriminación y el rechazo, y que nos llevó a largas conversaciones a veces muy ofuscadas, sin embargo, me sorprendió su capacidad de adaptación, muchas veces más rápida que yo, convirtiéndose reiteradamente en mi ancla para sujetarnos en esta nueva realidad.

Para nosotras, todo es incierto y provisorio, quizás mañana tengamos que recomenzar en otro lugar y compartiendo con otros. Esa emoción cansa, la de siempre planificar a corto o muy corto plazo, sin embargo, entiendo que la incertidumbre es parte indisociable del ser humano, bosquejando nuestra vida, con grandes espacios para lo inédito, la sorpresa, el asombro y el agradecimiento. Creo que a veces eso puedo llamarlo libertad.

Simultáneamente me prometo no olvidar, hacer el ejercicio de recordar: mi balcón al amanecer y al atardecer, el olor a óleo de las pinturas de mi papá, las caminatas, los domingos en la Cota Mil, el llano de mi mamá, el salitre caribeño y su humedad sublime, mi gente del trópico, mi cultura y mis vivencias. Nos planificamos entonces de hacer arepas por lo menos tres veces a la semana, que no falte el queso blanco y los plátanos, mejor aún si están dentro de una empanada, quizás comprar tequeños o una malta para acompañar la comida. Pequeños detalles posibles, que nos brinda el estar a dos horas de la frontera para conseguir productos venezolanos sin mucha dificultad.

Del mismo modo el encuentro con otras venezonalidades, personas de regiones diversas de nuestro país, acentos, costumbres, historias se presentan diariamente y nos nutre, la comprensión, las diferencias y la empatía con todos ellos. Coincidir con indígenas venezolanos eñepás, waraos, pemones, kariñas nos permite redimensionar el propio hecho de ser venezolanos, seres humanos queriendo una nueva oportunidad. Todo se entrelaza, se une, se siente, se vive y crece. Procesos de cura, de

sueños, de reacomodo. ¡Qué movilidad ésta que no se detiene! ¡Tres años intensos! En los que nos damos abrazos que abarcan ciudades, abrazos que arropan, abrazos que traen añoranzas.

Tengo la seguridad de que nuestro equipo de dos definitivamente no es, ni será el mismo. Como hoy, susurro entre sueños volviendo a mi casa, de la que saldríamos sólo por un tiempo y a la que nunca regresamos. *Saudade* que se revuelve adentro, muy profundo al cruzar inmensas fronteras del ayer, del hoy, del ahora. ¿Será que la movilidad no forma parte de nuestro ser? ¿Allá en lo profundo, en lo recóndito, no sabemos que debemos movernos para sobrevivir? ¿Quién dice hasta dónde podemos llegar? ¿Límites simbólicos y materiales, quien los impone? Mientras tanto, Paolita y yo, nos abonamos y podemos con la fuerza sutil del afecto que (com)placer nos trae recuerdos, sentidos y pertenencia.

Politización de la maternidad

La figura de la madre migrante en el corredor oeste

Valentina Biondini*

En la última década, el espacio sudamericano ha sido escenario de sucesivas transformaciones en materia de control migratorio y fronterizo, a raíz de la migración extrarregional, la emigración masiva de venezolanxs y la pandemia por COVID-19. En este contexto, la figura de la madre migrante ha cobrado mayor relevancia en el marco de la expansión de formas de control humanitario y la creciente intervención de organismos internacionales en materia de migración y fronteras. El objetivo de este texto es indagar los usos políticos de la maternidad en un contexto de reconfiguración del régimen sudamericano de migración frontera, tomando como espacio de análisis el *corredor oeste* de la región. Para el análisis, recupero la categoría de “politización de la maternidad” para problematizar las maternidades en el campo de las migraciones y

* Doctoranda de la Universidad de Buenos Aires. Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Contacto: biondinivalentina71@gmail.com.

las fronteras y analizar situaciones que emergieron durante el trabajo de campo. Desde una metodología de investigación de tipo cualitativa y un enfoque etnográfico multilocal fue realizada observación participante en las siguientes zonas fronterizas: Villazón, Bolivia; La Quiaca, Argentina; Pisiga, Bolivia; Colchane, Chile; Desaguadero, Bolivia; y Desaguadero, Perú. Así como entrevistas a funcionarixs, migrantes, actores clave en materia de control migratorio y asistencia humanitaria.

La noción “politización de la maternidad” ha sido desarrollada por otrxs autorxs haciendo foco en la maternidad como identidad política y la organización de madres para la protesta y reclamo por diversas causas. La categoría ha servido para explicar y comprender la experiencia de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, Caravana de Madres de Migrantes Desaparecidos, incluso la organización de mujeres en torno a demandas no reproductivas. La presente propuesta retoma estos análisis a la vez que ofrece una mirada alternativa desde el feminismo anti-fronteras (*No Border*) donde converge el feminismo crítico y la perspectiva autonomista del régimen de migraciones y fronteras. Inscribir la politización de la maternidad en esta perspectiva es una apuesta por indagar la manera en que los afectos y el parentesco se encuentran involucrados en formas de gobierno de la migración, controles fronterizos, negociación, contestación y resistencia migrante.

Entiendo que la “politización de la maternidad” consiste en una serie de prácticas, discursos e instituciones que colocan a la condición de madre en el centro de las luchas entre diversos actores implicados en el régimen de migración y fronteras. La categoría permite problematizar la forma en que la maternidad es convertida en un acto político al ser colocada en el nudo conflictivo entre movimiento y control migratorio y fronterizo. Quienes intervienen en este proceso son tanto las madres migrantes, así como las instituciones estatales, los organismos internacionales, ONG, entre otros. A partir de esta propuesta, busco señalar que la figura de madre migrante es producida políticamente en las prácticas, discursos y luchas de lxs actorxs implicadxs, en tanto existen disputas por definir, explícita e implícitamente, las formas legítimas de maternidad. Es así como se ven implicadas formas de organización política

desplegadas en el ámbito público, pero también formas subrepticias y cotidianas de negociación y resistencia, así como prácticas de gobierno. En este sentido, busco mostrar que en la “politización de la maternidad” están implicadas prácticas, discursos y representaciones que resultan disruptivas por trastocar órdenes estatales y fronterizos, al mismo tiempo que pueden reproducir y sedimentar formas convencionales de comprender el vínculo entre mujer-madre.

Durante el trabajo de campo emergieron tres dimensiones que me permitieron comprender y repensar la manera en que la maternidad deviene en acto político, opera en el corredor oeste, y por ende forma parte de la configuración del régimen sudamericano de migración y frontera: 1) luchas fronterizas y maternidad migrante; 2) producción política de vulnerabilidad y 3) definición política de maternidad.

Luchas fronterizas y maternidad migrante

En septiembre de 2021, en la frontera Pisiga-Colchane, cientos de migrantes desafiaban diariamente el control fronterizo desplegados por militares y carabineros en pasos no habilitados debido al cierre de fronteras. De manera recurrente, se acercaban al límite fronterizo mujeres con niñxs y bebés a cuestas para negociar el cruce. El cruce dependía de la presencia/ausencia y de la voluntad del agente fronterizo —militar o carabinero— que se encontrara en el momento. Particularmente, en la mañana del lunes 30 de septiembre, tras un cambio de guardia y un militar que se mostraba inflexible, mujeres con sus hijxs comenzaron a gritar para exigir que se les dejara pasar y se les otorgara prioridad por su condición de madre [Nota de campo, 30 septiembre del 2021]

La migración extrarregional y la migración masiva de venezolanxs desestabilizaron y reconfiguraron el régimen sudamericano de migración y fronteras, profundizándose con la pandemia por COVID-19. Bajo un escenario inédito de cierres masivos de fronteras, extendido hasta el día de hoy, los movimientos migratorios, lejos de cesar, continuaron a través de los cruces “por trocha” y la actuación de “pasadores”. En este

contexto, las fronteras y sus controles constituyen espacios de negociación que condensan las tensiones y disputas entre lxs diversxs agentes involucradxs en la gestión y el movimiento migratorio. La presencia migrante y la fuerza del movimiento colectivo desbordan y reconfiguran los espacios y controles fronterizos. En zonas de frontera y a lo largo del corredor oeste, por momentos, las mujeres hacen emerger su condición de madre en la negociación de los cruces. Es decir, la maternidad se vuelve un acto político al ser desplegada tácticamente en el marco de luchas migrantes que desafían órdenes estatales y fronterizos. No son necesariamente las prácticas organizadas sino los actos cotidianos como los “cruces por trocha”, la burla a los agentes de control, el pedido de compasión, entre otras, lo que trastoca los arreglos institucionales del régimen sudamericano de migración y frontera.

Producción política de vulnerabilidad

En la ciudad de San Salvador de Jujuy, la Cruz Roja Argentina, en asociación con la Organización Internacional de las Migraciones (OIM) financiaba, hasta fines de 2021, pasajes al interior de Argentina a migrantes venezolanxs. Sin embargo, a raíz de un recorte presupuestario justificado por una momentánea baja de ingresos al país, empezaron a otorgar asistencia a migrantxs venezolanxs que fueran mujeres embarazadas, grupos familiares con niños, o personas con alguna discapacidad. En este contexto, un grupo de diez migrantes venezolanxs le solicitaron a la Cruz Roja financiamiento para el traslado hacia la provincia de Mendoza. Sin embargo, al día siguiente, recibieron un llamado donde le informaron que la ayuda estaba destinada a la única familia del grupo (madre, padre y una niña de seis años). Dado el alto costo del pasaje, ellxs aceptaron continuar solxs. Una integrante del grupo cuestionó que el varón de la familia aceptara la ayuda. Para ella, él debería haber negociado con la coordinadora de la Cruz Roja para que financiaran a las mujeres o haber cedido su lugar, porque al ser varón podría viajar “por mula” y “guerrear”. Ella consideraba que tenía mayor prioridad, porque tenía sospechas de embarazo y por no ser la mujer más joven del grupo [Nota de campo, 11 de marzo del 2022].

La noción de vulnerabilidad se encuentra ampliamente extendida en la narrativa y análisis feminista, como forma de denunciar y escudriñar la manera en que las relaciones de poder afectan a las diversas feminidades y masculinidades no hegemónicas. Sin embargo, la categoría de vulnerabilidad adquiere otros usos y sentidos en el marco de la expansión de formas de control humanitario en el corredor oeste. A raíz de la producción de la migración venezolana como “crisis migratoria”, los organismos internacionales —fundamentalmente el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y la OIM a través de la “Plataforma de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela” (R4V) — y sus agencias socias han adquirido una presencia inusitada en la región. En este contexto, las madres migrantes forman parte de su “población de interés” y son destinatarias privilegiadas de las políticas de protección. De esta manera, organismos internacionales, inscriben a la maternidad dentro de “criterios de vulnerabilidad” y equiparan a las madres con sujetas vulnerables, produciendo permanente y arbitrariamente distinciones entre sujetxs merecedores y no merecedores de ayuda. Los criterios de selección, siempre cambiantes, son advertidos, utilizados y tensionados por lxs propixs migrantes. La mujer que cuestiona al padre de la familia identifica a las madres como población destinataria de ayuda humanitaria y disputa su lugar desde un posible embarazo. A través de la reproducción de sentidos hegemónicos sobre feminidades y masculinidades, se retrata como sujeta vulnerable en relación con el varón como “guerrero”. De esta manera, a través del intercambio establecido con la Cruz Roja, la propia mujer, con el propósito de conseguir asistencia, se acomoda a las formas hegemónicas de definir las maternidades.

Definición legítima de maternidad

Desde hace aproximadamente un mes, en la comuna de Colchane el edificio de la iglesia local fue adaptado como un albergue para migrantes venezolanxs, gestionado conjuntamente por las monjas que residen en la institución y por la OIM. En una charla informal, éstas últimas comentaron que el espacio estaba destinado solamente a mujeres y niñxs

por razones de protección frente al frío, trata de personas y agresiones sexuales. Excepcionalmente habían recibido en la iglesia a un padre, viudo, con su hijx. Días después cuando se presentó una situación similar, en una charla con el personal de OIM decidieron que el padre podría ingresar hasta que fuera la hora de dormir y retirarse, dejando a sus hijxs solxs. En otra situación, en un albergue de la Fundación Scalabrini que trabaja en conjunto con el ACNUR en la ciudad de La Paz, la encargada explicaba que ella identificaba dos tipos de mujeres migrantes. En el primer grupo ella observa un “descuido de la mujer hacia los niños” porque a “los niños los manejan para pedir dinero” y “buscan dependencia de la pareja y la pareja no es el padre de sus hijos”. El segundo grupo se conforma por “mujeres monoparentales, solas” que estaban “muy dedicadas a sus hijos, preocupadas en la salud, preocupadas en estabilizarse, no quieren migrar más [Nota de campo, 29 septiembre del 2021 - Fragmentos de entrevista, 24 de septiembre del 2022].

En el corredor oeste, organismos internacionales y sus socios implementadores intervienen en la definición legítima de la maternidad y la construcción de representaciones hegemónicas sobre ella. En manuales, informes e imágenes institucionales las madres migrantes aparecen como mujeres solas y empobrecidas a cargo de bebés y niñxs pequeñxs. Asimismo, las organizaciones orientadas a la ayuda humanitaria que operan en terreno, al clasificar poblaciones bajo “criterios de vulnerabilidad”, colocan a mujeres y niñxs en el mismo grupo de manera que son las madres, y no los padres, quienes quedan al cuidado de lxs hijxs durante la asistencia. Especialmente en los albergues destinados a mujeres y niñxs —presentes en diversas instancias del trabajo de campo— responsabilizan implícitamente a las mujeres por el cuidado de lxs hijxs. En este contexto, se desliga y se les impide a los varones realizar tareas del cuidado durante ciertos momentos del día. La exclusión de padres en el albergue reproduce la idea de las masculinidades como fuertes y resistentes a las inclemencias y las feminidades como débiles y desprotegidas. En este sentido, la definición legítima de la maternidad implica la construcción de un ideal regulador de madre que emerge como una persona vulnerable y dedicada a las tareas del cuidado. La clasificación de poblaciones para la ayuda humanitaria se asienta en este

ideal regulador, a la vez que lo (re) produce en la práctica cotidiana. Por lo tanto, cuando las madres no responden a la definición legítima de maternidad, son cuestionadas y caracterizadas como descuidadas. Estas prácticas, narrativas e imágenes esencializan a la maternidad como una vulnerabilidad y ratifican a las madres como cuidadoras.

Las barreras que hay que cruzar

Madres centroamericanas en Tijuana

Benelli Velázquez Fernández*

La ciudad de Tijuana es conocida como la esquina de Latinoamérica. Es la frontera más transitada del mundo, uno de los puntos más anhelados por las personas migrantes que tienen la intención de ir a Estados Unidos, ya sea en búsqueda de trabajo, de una mejor calidad de vida o de protección internacional.

Yo también he sido migrante. Hace un par de años viví en Austria, un país donde muchas cosas me eran ajenas, entre ellas el idioma. Trabajé como niñera y conviví con familias multiculturales. Fui tejiendo mi red de amigas latinoamericanas, muchas de ellas son mamás. De esas experiencias laborales y afectivas, aprendí los retos de maternar en la migración, entendí que maternar sin una “tribu” que aconseje, apoye y acompañe es todo un desafío.

• Estudiante del Doctorado en Estudios de Migración, en El Colegio de la Frontera Norte (EL COLEF).
Contacto: jvelazquez.dem2019@colef.mx.

En esas reflexiones estaba cuando vi en las noticias (mi vínculo diario con México, además de las llamadas con mi mamá) que cientos y miles de personas atravesaban el país a pie, habían salido de San Pedro Sula, Honduras con rumbo hacia Estados Unidos. Al éxodo se iba integrando gente de El Salvador, Guatemala, Haití, incluso de México. Pensaban cruzar el muro de Trump. Los medios internacionales estaban documentando el fenómeno al que denominaron “caravanas”: movimientos masivos integrados por hombres, mujeres, niños, niñas, adolescentes y hasta bebés cargados en brazos o transportados en carriolas.

En la lucha por su derecho a la movilidad, las y los caravaneros lograron llegar al muro que atraviesa el océano Pacífico, en Playas de Tijuana. Pensaba que, si ya es complicado migrar con documentos, haciendo uso de los medios de transporte y “cumpliendo” con todas las formalidades, ¿cómo sería para las familias que viajaban con sus hijos e hijas, cruzar esas múltiples fronteras?

Se acababa de abrir el Doctorado en Estudios de Migración en El Colegio de la Frontera Norte. Sentía nostalgia por México y empatía por la causa de la movilidad, un cúmulo de reflexiones sobre mi experiencia migratoria e interrogantes sobre la experiencia de las mujeres maternando en otros países. Un cosquilleo antropológico me trajo de vuelta a esta frontera.

Llegué en agosto de 2019 con un proyecto de tesis sobre las experiencias migratorias de las madres centroamericanas que arribaron a Tijuana con sus hijos e hijas quienes vivirían un nuevo país, una nueva cultura. Todo nuevo, todo diferente. Sabía de lo mucho que se ha estudiado sobre los migrantes económicos, ilustrados con rostros de hombres. Al indagar sobre las maternidades en la migración, me encontré con estudios sobre la maternidad a distancia, las madres transnacionales, las desigualdades de género y las jerarquías generacionales. El peso de emociones como la culpa o el sentimiento de soledad que recae en las mujeres, tanto en las que migran como las que se quedan, el conflicto en las relaciones materno-filiales y los dilemas a nivel familiar. Encontré estudios sobre las influencias culturales, creencias, valores, prácticas, tradiciones y ritos

de paso relacionados al embarazo, nacimiento, lactancia, al ejercicio de la maternidad y los cuidados que traen las migrantes consigo.

Me propuse estudiar las maternidades acompañadas de sus hijos e hijas en la migración. Comencé a visitar albergues para familias, donde tuve la oportunidad de conocer y trabajar con las mujeres y la niñez migrante mediante talleres de inglés. En la interacción con mujeres hondureñas, salvadoreñas y guatemaltecas entendí que han huido de situaciones violentas, de vidas insostenibles, de panoramas sombríos y desalentadores “nadie deja su hogar a no ser que su hogar sea la boca de un tiburón” (Warsan Shire). Ellas están ahí con sus hijos e hijas “mientras” llega su fecha de audiencia en la Corte estadounidense, “mientras” reúnen evidencias o se asesoran legalmente para pelear su caso. Mientras cruzan la frontera. Su idea es ir al “otro lado” para dar a luz allá, para que los niños y niñas estudien, jueguen y vivan seguros. Sus intenciones son transitar, seguirse moviendo, pero las restricciones por el reforzamiento de fronteras, políticas migratorias cada vez más rigurosas y las medidas sanitarias por la pandemia de COVID-19, han convertido esos espacios transitorios en espacios de atrapamiento.

Aunque la migración en términos ideales representa nuevas oportunidades, no todas las madres migrantes pueden ofrecerles lo mismo a sus hijos e hijas porque hay una valoración distinta de las personas según su procedencia nacional. Las fronteras más allá de ser líneas divisorias (físicas y simbólicas) son barreras selectivas que exacerban la polarización social.

Las mujeres y sus hijos e hijas al pasar por México no sólo pasan un país, su paso no es directo sino por escalas —la mayoría de las veces muy tardadas—. Las mujeres que salen de sus países en busca de protección internacional apuestan por caminos más seguros. No se suben a La Bestia. Parte de su trayecto implica pasar por las oficinas de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) o del Instituto Nacional de Migración (INM) en México o la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza (CPB, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos, y en aras de cumplir con una migración “segura y ordenada”, tienen que pasar días o

semanas encerradas en estaciones migratorias, acudir a albergues fronterizos o pagar rentas elevadas de espacios inhumanos en espera de la resolución de sus trámites y procesos. Ojalá atravesar México fuera tan fácil como decirlo.

Después de movilizarse con los hijos e hijas por varias ciudades, inclusive haber pisado suelo estadounidense, aunque fuera sólo la Corte o las famosas “hieleras” —centros de detención del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés)— y vivir la espera en las ciudades fronterizas del norte de México. Las madres migrantes continúan maternando entre la movilidad y la inmovilidad, creando estrategias para cuidar, proteger y hacer garantes sus derechos humanos como la educación y la salud.

Las mujeres y las infancias migrantes están expuestas a delitos y riesgos adicionales respecto a los hombres, tales como la trata de personas, el comercio y la explotación sexual, que afectan su salud física y su bienestar psicosocial. Las madres migrantes enfrentan mayor estrés por la migración, tensión por la responsabilidad de ir cuidando a alguien más, aunados a la falta de recursos económicos y sociales y, haber vivido recientes episodios traumáticos. Su salud física decae en el tránsito y suele empeorar en los distintos atrapamientos, al tener que esperar en espacios de encierro, donde pasan días y hasta semanas en hacinamiento, con restringido acceso a servicios de saneamiento. Al choque cultural se le suma el costo social. Migrar siendo madre implica lidiar con las preocupaciones del día a día (trabajo, dinero, techo, vestido), pero también con los cuestionamientos sociales sobre su salida, juicios de valor sobre sus formas de maternar, e inclusive con situaciones de acoso, sobre todo cuando viajan sin un acompañante adulto varón.

Sin embargo, las mujeres no son entes pasivos ante la migración, ellas toman acción, resisten y plantean estrategias para continuar su movilidad, construir redes o tratar de equilibrar la serie de diferencias a las que se enfrentan, buscando trabajo, asesoría legal u orientación respecto a los procesos educativos u hospitalarios.

La migración ha tenido un impacto en sus formas de ejercer la maternidad. Al haberse alejado de sus redes de apoyo familiares, no estar cerca de las abuelas o de las tías que en sus ciudades o pueblos las aconsejaban o las ayudaban con “el cuidado” de los hijos, hace que varias situaciones que parecían tan cotidianas se compliquen demasiado. Cuidar a un bebé, a un niño o niña menor de cinco años es un reto mayor cuando se está en movimiento, cuando se tienen que atravesar fronteras. Las mujeres madres o las mujeres embarazadas hacen el camino más lento, ya sea porque traen los pies hinchados, la espalda adolorida de traer los hijos en el vientre o en los brazos o porque los pequeños que ya caminan lo hacen con lentitud.

Migrar ha significado librar una suerte de obstáculos: burocráticos, laborales, económicos, políticos, emocionales, mediáticos, por la falta de documentos y oportunidades laborales, la desestabilidad (económica, residencial, emocional, etcétera), el miedo, la incertidumbre, el estrés y la preocupación, el desconocimiento de los lugares y de sus derechos, las modificaciones en los procedimientos de asilo, la pandemia por COVID-19, la discriminación en las instituciones, la insuficiencia de marcos normativos que protejan el derecho al libre tránsito. La discriminación es uno de los mayores obstáculos, como decía una mujer de Honduras: “solo porque me sienten el tono diferente de mi voz, ya saben que no soy mexicana, que soy extranjera”. Y es que en México somos famosos mundialmente por ser una sociedad hospitalaria y festiva, pero con la representación blanca y adinerada del extranjero.

Ellas se enfrentan a varias barreras para atender la salud de sus hijos e hijas, sin mencionar la propia, ¿a dónde acudir en busca de atención médica? Estar en otro país es navegar por otros mecanismos de atención. Una madre migrante no se acerca a los servicios públicos de salud mexicanos a menos que sea algo urgente como un parto o un accidente grave. Muchas de las mujeres migrantes que traen niños y niñas consigo, recurren a los servicios médicos voluntarios que les brindan en los albergues. Ellas suelen portar un botiquín, sobre todo si sus hijos e hijas presentan un problema de salud en específico. Hay mujeres que, además de traer medicamentos para la diarrea y el resfriado o alguna pomada

para aliviar golpes, traen inhaladores para el asma o loratadina para las alergias.

Así como portan pañaleras, mochila y botiquín, las madres también portan un escudo invisible que las protege de sus perseguidores, pueden ser sus exparejas o hasta miembros de pandillas, de cárteles o de instituciones migratorias. Van moviéndose en constante alerta por los peligros que hay alrededor. Muchas de ellas han expresado su miedo por estar en México respecto a la inseguridad, las extorsiones, los secuestros y el robo de infantes. Aquí han escuchado historias o han sido testigos de niñas y niños robados en los parques donde acampaban con la caravana para descansar, en las calles por las que transitaban en su camino al norte o en las colonias fronterizas donde rentan o se albergan.

Ser mamá migrante en tránsito es tomar decisiones en pro de la infancia, agotar todos los recursos y las instancias al alcance, aguantar y arriesgarse para lograr la meta anhelada hacia su futuro y su bienestar. Es rodear caminos, esperar los documentos para caminar seguros, es ir más lento. Es tener a las hijas y los hijos cercanos durante todo el camino, saberlos conocer, qué alimentos darles, qué medicamentos les caerán bien, mantener la higiene en la medida de lo posible para prevenirles las enfermedades, mantener el calor, estar en vela y pendiente de los ambientes y las personas que hay alrededor, aprender a criarlos sola, a buscar consejos y recomendaciones en las diferentes ONG porque son instancias que consideran más confiables que las estatales. Ya lo mencionaban algunas madres que tuve la oportunidad de entrevistar:

Uno solo aguanta, aguanta todo lo que pueda pasar, pero con niños pequeños no (Anette, Honduras, 2021).

No es fácil, pero es más grande el amor de madre por sus hijos que estén bien, no importa la barrera que haya para poder cruzar (América, Honduras, 2020).

Es eso, poder encontrar estabilidad emocional, tanto como un lugar seguro donde poder estar con los niños, más que todo por los niños, porque uno como adulto va dondequiera y en cualquier lugar cabe, pero con niños es difícil (Lupita, Guatemala, 2020).

Cuando le preguntaba a las mujeres ¿cuál sería la forma más segura de viajar, trayendo niños, niñas y adolescentes?, surgieron propuestas *emic* sobre condiciones más humanas y formas seguras de viajar en familia: abrir los caminos porque rodear las expone a más riesgos y peligros, tener permisos o tarjetas para transitar con libertad, poder viajar en autobús, tener disponible un lugar donde los padres y madres migrantes “indocumentados” puedan dejar a sus hijas e hijos seguros y estudiando mientras ellos y ellas trabajan. Ellas solicitan fuentes de trabajo que no discriminen ni estereotipen y paguen lo justo. El empleo como sinónimo de recurso económico es una preocupación recurrente como lo es la seguridad de la infancia, el asesoramiento jurídico para ingresar a un país donde estiman que volverán a sentirse merecedoras de una vida digna, segura y libre.

La experiencia de maternar en condición de irregularidad, en situación de tránsito y atrapamiento es complicada, preocupante e incierta, pero las madres migrantes siembran en sus hijos e hijas la esperanza de que valdrá la pena.

Mujer, maestra, madre y migranta en el Caribe Colombiano

Y. Luciana Salazar Plata*



Fuente: fotografía propia *Maternar en el mar Caribe, horizontes y realidades.*

Las Maletas

Siempre me ha fascinado viajar, hacer las maletas es una de las cosas que más disfruto. Me gusta pensar en las cosas que se necesitan cotidianamente y que por lo tanto serían fundamentales para empezar una nueva vida.

* Candidata a Doctora en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
Contacto: yzlucian@hotmail.com.

Cada centímetro de la maleta es para mí un contenedor de emociones y de sensaciones que acompañarán mi periplo. Por eso pienso a conciencia qué debe ir en este baúl con ruedas.

La mayoría de la ropa, los juguetes, los libros, las cosas que mi hija llevaría en su maleta fueron regalos de la gente más cercana: mi familia y mis amigas. Seleccioné cuidadosamente todos estos regalos que traducían el amor que acompañó el nacimiento de Luna.

Yo quería que ella se sintiera rodeada de ese amor y al mismo tiempo recordarme que mucha gente nos mostraba su cariño día a día. Se pueden imaginar que en una maleta de 23 kilos no se puede meter todo el amor y la ternura que una niña de 13 meses inspiraba. Así que regalé mucha ropa, trastes, accesorios y cosas en general que usa un bebé, a varias amigas que serían madres y otras que acababan de serlo.

Para mí, hice una maleta con entre cuatro y cinco vestidos, un pijama, sandalias, unas chanclas, mi *kit* de aseo personal, un poco de maquillaje, un par de zapatos, unos tenis, unas bolsas, algunos aretes, mis libros para enseñar francés y los que necesitaba para seguir escribiendo mi tesis doctoral, la cual no he terminado. Envueltos en la ropa de mi hija y en la mía, llevaba cosas para la cocina, eran regalos o recuerdos comprados en algún viaje, pues si bien no soy muy feliz en ese espacio, hace tiempo que entendí lo vital que es para un hogar, además de nuestra biblioteca.

La mochila que llevaba en cabina era también la “pañalera” de mi hija y a ella la cargaba en fular o rebozo para portear que me hizo mi hermana. De esta manera podía tener las manos libres para sacar los pasaportes además de los papeles necesarios para documentar y abordar el avión. En esa misma mochila cargaba mi computadora, mi compañera de tantos viajes, los pañales ecológicos de Luna y algunos diplomas de estudios. Maternar, se mezclaba físicamente con mi vida académica y con mi proceso de migración.

Tres semanas

La llegada a la universidad fue muy amena por parte de mi jefe y de mis nuevos compañeros de trabajo. Sin embargo, el enredo burocrático-migratorio-laboral fue una pesadilla.

Me habían dado la visa digital con la cual podía entrar a Colombia. Cuando estuve en el aeropuerto El Dorado, en Bogotá pregunté sobre el estampado de esta, la respuesta del funcionario fue que en mi ciudad de llegada la estamparían en la oficina correspondiente. Por lo tanto, me presenté a la misma el segundo día [...] Y ahí me dijeron que debía mandar mi pasaporte a cancillería en Bogotá para hacer el registro de la Visa y así poder obtener la cédula de extranjería con la cual podría hacer todos los otros papeles que se necesitaban para ser contratada en la Universidad.

Sin embargo, en la Universidad no consideraron el tiempo que toma este trámite necesario para poder incorporarme a trabajar, con la ayuda de mi amiga bogotana logré estampar la visa y dar paso a la siguiente etapa.

Podría relatarles los detalles de cómo un funcionario de migración que también da clases en la Universidad quiso “ayudarme” pero me daba mal la información, y no fue la primera vez. Describirles cómo tuve que correr de un lado a otro para entender que la cédula tardaría más de dos semanas en llegar de Bogotá después de haber hecho el estampado y pagarla. Y contarles como el dinero que teníamos de la venta de nuestras cosas en México se diluía con cada gota de sudor que mi cuerpo transpiraba a una temperatura de 36°C.

Por fin llegó la cédula y la cascada de trámites que siguieron culminaron en la firma del contrato laboral que finalizaría en junio. Además de entender las siglas de todas las instituciones que debían tener registrado mi número de identificación el cual me acompañaría los siguientes 24 meses de mi vida: 1089614.

La tercera semana de febrero, por fin me pude presentar a dar clases de 6:00 a 8:00 de la mañana porque en el Caribe colombiano las clases empiezan antes para hacer una pausa obligatoria de las 12:00 a las 14:00 horas. El papá

de mi hija se hacía cargo de llevarla a la escuela y se iba a trabajar. Después de que yo daba mi clase, iba a la oficina para comprender la logística laboral y preparar un evento sobre Francofonía. Me encontraba con mi compañero para almorzar, hacíamos la siesta, a veces regresábamos juntos a la Universidad, pues yo sólo tenía unas horas de coordinación. Entonces yo trabajaba unas horas en la tesis y no tenía la distracción de la Internet pues no había dado tiempo de contactar a la compañía telefónica. A las 17:00 horas Luna salía de la escuela, tres días su abuela paterna y su tío la recogían como parte del apoyo familiar. No recuerdo cuándo logramos tener Internet, pero estoy segura de que durante tres semanas estuve contestando innumerables mensajes y correos desde el teléfono.

Un lunes de marzo, se declaró la pandemia que implicó cerrar las fronteras aéreas y terrestres. Acceso a los supermercados con un día asignado dependiendo del último número de la cédula de ciudadanía o de extranjería. Largas filas para poder entrar bajo el rayo del sol y la desesperación de la gente. Toque de queda a las 18:00 horas.

Así la vida que planeamos sólo duró tres semanas, y fue un ciclo que se fue repitiendo. Tres semanas de trámites, tres semanas de una vida académica y familiar, tres semanas para empezar una vida virtual y familiar [...] Tres semanas [...]

De la noche a la mañana nos tocó ser papás de tiempo completo con un trabajo que parecía no diferenciar entre la vida privada y la profesional.

Las discusiones comenzaron inevitablemente, las innumerables reuniones laborales inundaron la atmósfera familiar y Luna cada vez era más demandante pues ya sabía caminar.

La escuela de Luna también empezó a exigir clases en línea, lo cual no fue viable para mí, como madre y profesora además de la constante problemática conexión que tenía la *miss* pues en el Caribe, ya sea insular o continental, *que se vaya la luz* es lo cotidiano.

Contratamos a una *miss* que habían despedido poco antes de la declaración de pandemia, nos ayudaba con Luna cuatro horas por la tarde y logramos poder dormir un poco, trabajar tres horas y no volvernos locos.

Traté de materner a Luna leyendo sus libros, pintando las paredes, haciendo burbujas, construyendo casitas con sábanas, inventando algunos juegos [...] así estuvimos 6 meses subiendo a la azotea, saliendo al balcón, bajándola al departamento unas horas con su abuela y su tío. En medio de todo esto yo sentía una profunda desesperanza, desinteresada en mi tesis y con un cansancio mental que disimulaba comiendo galletas de chocolate.

La Distancia

Migrar siempre es un desafío, aunque esta vez yo tenía una visa de trabajo y la promesa de una posible plaza, la pandemia fue borrando el horizonte laboral. Mi pasaporte tenía seis meses todavía de vigencia cuando comencé los trámites de visado en diciembre de 2019, no es posible renovarlo antes, pero habíamos planeado ir a México en abril a un congreso y yo sacaría el pasaporte sin problemas. Obviamente esto ya no pudo ser posible, aun así, me informé de cómo renovar la visa ahora como madre de una niña con nacionalidad colombiana. Y sí, era posible. La recontractación estaba ahí a la vuelta de la esquina, pero la cancillería pidió una carta absurda para comprobar que yo había trabajado en julio a pesar de tener la promesa del siguiente contrato. En la oficina donde pedí la misma, se tardaron más de ocho días en hacerla, bajo el pretexto de falta de luz, caducó el proceso. Ya estábamos a mediados de agosto, empezaron a anunciar la buena noticia: se reabrirían las fronteras terrestres y aéreas. La mala, yo ya no podría aplicar con el pasaporte vencido. Tenía que ir al consulado mexicano en Bogotá, esperar ocho semanas a que mandaran mi pasaporte y luego reiniciar trámites. En noviembre logré tener la visa de residente por cinco años después de justificar con 20 papeles y una carta que tenía derecho a pedirla. Ese mismo mes debíamos tramitar el pasaporte colombiano de Luna. En diciembre de 2020 yo estaba agotada, pero pude volar con mi hija a México para reunirme con mi familia durante un mes y volver en enero a Colombia.

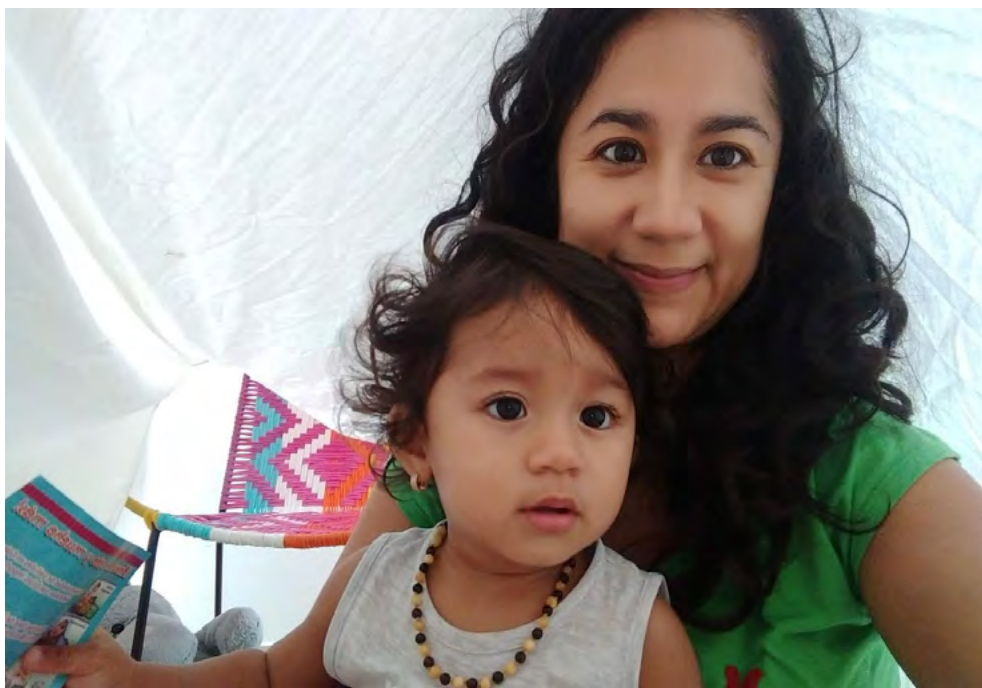
El año 2021 se vislumbraba mejor, trabajo y papeles en regla, mi hija en una nueva escuela, pero en América Latina todo es imprevisible. En Colombia hubo un estallido social. El semestre se detuvo y las calles se llenaron con protestas esperanzadoras. Un mes y medio después mi compañero enfermó de COVID-19. Las discusiones se acentuaron, el hartazgo nos consumía,

el insomnio me visitaba, el patriarcado local me sofocaba y finalmente un pago retrasado de mi salario detonó nuestra ruptura definitiva como pareja.

En septiembre, la presencialidad en la Universidad me motivó a quedarme para terminar el semestre, decidí iniciar terapia psicológica porque el aislamiento social y la falta de amistades habían hecho mella en casi dos años de “vida” en pandemia.

En diciembre de 2021 necesitaba venir a México y pensar con calma si debía volver o no a aquella ciudad. Hoy escribo desde la mesa del comedor en casa de mis padres, mientras mi hija duerme en mi antigua habitación. Ahora la materno acompañada de mi familia cerca de mis amigas-madres-académicas, pero lejos de su padre.

Así me re-conocí migranta.



Fuente: fotografía propia. Jugando a la casita. Fecha: 22 de abril de 2020

De malas madres y madres sacrificadas

Mujeres centroamericanas migrantes en la frontera sur de México

Ollinca I. Villanueva Hernández*

La intención de este escrito es abonar a las reflexiones que se han generado en torno a las maternidades en las últimas décadas, sumándose a la urgencia de profundizar, de manera crítica, en este rol social y en las formas en las que se ha analizado su ejercicio y significado. Inclinar-me por estos esfuerzos implica reflexionar en torno a la forma en la que se han desarrollado los debates que han surgido alrededor de las maternidades, que han ido generalmente de la reivindicación del derecho a no ser madres, ante un mandato social que se impone socialmente a las mujeres y que se cuestiona desde distintas posiciones, hasta la re-significación de las maternidades a partir de nuevas formas de crianza, con las que se busca transformar los cánones que se han impuesto a las mujeres. Y aunque se trata de discusiones necesarias e importantes —muchas de ellas provenientes de los feminismos—, otras formas de

* Doctorante en Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Contacto: ollincav@gmail.com.

experimentar las maternidades se han dejado al margen de las discusiones, invisibilizando expresiones, contextos y condiciones que se conciben como ajenas. Reconocerles, nombrarles y explicarles nos permite ampliar los horizontes teóricos, metodológicos e incluso políticos, así como contribuir a la desnaturalización de las preconcepciones que se tienen respecto a este rol, desde cualquiera de sus expresiones.

La mirada interseccional es un eje que guía esta propuesta, buscando romper la visión hegemónica que aún persiste sobre las problemáticas de las mujeres. Entre la amplia gama de formas de vivir las maternidades, las agendas de la academia y de los activismos se han centrado particularmente en algunas de sus expresiones, diluyendo las experiencias que parten de condiciones sociales, culturales, económicas y políticas distintas a las que se han planteado tradicionalmente. Ello ha significado dejar fuera de sus reflexiones a las maternidades que transcurren en los márgenes, espaciales, legales, corporales e identitarios. Por estas razones, en este escrito pongo sobre la mesa algunas de las formas de ser madre, que se articulan con algunos de estos bordes, centrándome particularmente en el caso de las mujeres centroamericanas que viven en la frontera sur de México en condiciones de irregularidad migratoria y precarización.

Se trata de mujeres que, ante las condiciones de pobreza, violencia y/o precarización, se han desplazado desde Centroamérica en busca de mejores condiciones de vida. Algunas que, ante la imposibilidad de llegar a Estados Unidos, se vieron en la necesidad de convertir el lugar de tránsito en el de destino no planeado, pues no lograron atravesar con éxito un camino que implicaba una travesía riesgosa con recursos limitados y redes de apoyo inexistentes o débiles. Y otras que “optaron” por migrar desde sus países de origen y permanecieron en el sur de México, previendo una mayor cercanía con sus territorios de origen y familias. Sea cual fuera el caso, todas han sido señaladas, desde la criminalización como malas madres o desde la idealización como madres sacrificadas. Unas por haber dejado a sus hijos/as/es en sus lugares de origen como una suerte de “abandono”; otras por viajar con ellos/as/es, “poniendo a sus hijos/as/es en riesgo”; y en algunos casos como mujeres heroicas

que afrontan los riesgos con la única finalidad de mejorar las vidas de sus hijos e hijas, sin considerarlas como mujeres en toda su complejidad, experimentando en muchas ocasiones maternidades conflictivas y complejas.

Las maternidades que se ejercen a través de las fronteras, como en el caso de las mujeres con hijos/as/es que nacieron en sus tierras natales y que se han dejado al cuidado de sus abuelas o de otras personas se han planteado desde el concepto de maternidades transnacionales, que surgió como categoría de análisis, centrando en su descripción el cuidado y el afecto que se manifiesta a través del envío de remesas a través de las fronteras. Estas condiciones son cada vez más difíciles de cumplir, pues la precarización plantea condiciones de sobrevivencia cada vez más amenazantes, que hacen de los mandatos maternos algo imposible de representar. Ante este contexto, muchas mujeres dejan de enviar remesas e incluso pierden contacto con sus hijos/as/es y familia, planteándose su rol, no sin conflictos. Es pertinente entonces preguntarse, ¿de qué manera podemos nombrar a las madres centroamericanas que viven en la frontera sur de México, que no pueden o no pudieron cuidar de sus hijos/as/es a la distancia? Bajo el entendido de que la maternidad se basa en el cuidado y el afecto, ¿cómo se califican estas maternidades, si los vínculos se suspenden o se fracturan definitivamente? Y, ¿tendríamos que hacerlo?, ¿quién determinará estas calificaciones?

Otra forma de vivir la maternidad es la que las mujeres experimentan al migrar junto a sus hijos/as/es, y/o reencontrarse con ellos en territorio mexicano, situaciones en las que se expresa una condición de marginalidad que se extiende a la red familiar. Sus miembros quedan expuestos a la marginación, que se maximiza cuando no se tienen recursos, redes o capitales efectivos. Los espacios laborales que se ofertan a las mujeres migrantes se relacionan con el trabajo sexual, doméstico e informal, particularmente, ámbitos caracterizados por la clandestinidad, la poca o nula regulación y la violencia, que pocas veces se denuncia. La maternidad se torna, en este marco, compleja y articulada a diversas formas de exclusión.

Las mujeres centroamericanas son “las otras”, madres de hijos/as/es que replican la falta del reconocimiento respecto a su ciudadanía, lo que significa ser ajenos a los derechos más básicos, como a la identidad, la salud, la educación, la seguridad, entre otros. La maternidad de las centroamericanas en el sur de México se observa así a través de un tamiz basado en la criminalización, en el que se les acusa de malas madres que “abandonan a sus hijos/as/es en sus lugares de origen”; en otros casos “les descuidan y ponen en riesgo al traerles a México en condiciones de irregularidad”; y en caso de que éstos nazcan en México, de “ventajosas, que buscan conseguir la regularización migratoria al tener hijos/as/es mexicanos/as/es”, con hombres que, además, “le quitan” a las mexicanas, adjetivando y reproduciendo prejuicios. Pero tener hijos/as/es en México no siempre facilita el proceso de regularización de nacionalidad mexicana, y tampoco garantiza una red de apoyo a través de alianza con su padre.

Tener hijos/as/es mexicanos/as/es, sean éstos/as/es planeados o no, implica enfrentar en el proceso un contexto que articula una serie de representaciones centradas en una serie de identidades estigmatizadas: ser centroamericanas, indígenas, afrodescendientes, pobres, sin documentos de regularización migratoria, mujeres y trabajadoras asociadas a los bares de prostitución, laboren o no en ellos, situaciones ante las que las mujeres movilizan una serie de estrategias creativas, que plantean maternidades distintas a las tradicionales.

Los procesos de regularización exigen el pago de cuotas, la mayoría de las veces inalcanzables para las mujeres que, de no contar con redes de apoyo efectivas, no logran resolver los procedimientos legales que se les exige (situación que se repite comúnmente en la frontera sur de México). Al respecto cabe preguntarse, ¿cómo estas mujeres están significando sus maternidades?, ¿cómo se ejerce o no la decisión de ser madre y por qué?, ¿de qué manera el contexto descrito influye en las prácticas maternas y en las formas de subjetivarlas?

Las maternidades que se describen en este texto exponen algunas condiciones extremas a las que se han enfrentado las mujeres migrantes centroamericanas y que han sido promovidas desde los esquemas normativos.

Judith Butler en su obra *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia* plantea al respecto que las personas se deshumanizan a través de otras personas e instituciones, por lo que hay vidas que “no valen la pena”, son vistas como “vidas invivibles”. El Estado mexicano juega un papel importante en este contexto, pues ante la demanda de los Estados Unidos de “parar” la migración hacia su territorio, ha cedido en el cumplimiento de una serie de condicionamientos que se traducen en la persecución hacia las personas migrantes, pero también en su exposición a situaciones extremas de violencia, que en el caso de las mujeres se materializa en violaciones, feminicidios, desapariciones, secuestros y trata de personas, particularmente, situaciones que se invisibilizan o que se enuncian en los periódicos, mediante expresiones como las de: “desconocida”, “desaparecida”, “asesinada”, “víctimas de trata”, mujeres que no tienen nombres y que no figuran en los discursos emergentes, siendo sus hijos/as/es invisibilizados como víctimas colaterales.

Las maternidades se experimentan ante una precarización inducida a través de las instituciones de los estados nacionales, que extienden sus fronteras hacia los cuerpos, los modos de vida y los significados que tienen los roles sociales, como el de la maternidad. En este contexto, las normas de cumplimiento de este rol social se fracturan. Los mandatos de la necesaria cercanía, el sacrificio, la renuncia, el cuidado y el amor incondicional, se incumplen frecuentemente, ¿cómo entender entonces estas maternidades?, ¿cuáles son las reflexiones que las mujeres tienen respecto a la manera en la que las viven?, ¿cuáles son las problemáticas maternas que ellas se proponen como prioridades? Y, ¿cuáles son las reivindicaciones y resistencias que surgen de todo ello?

Estos planteamientos llevan a la necesidad de ampliar las discusiones que se desarrollan en torno a las maternidades, plantean otras miradas y otras preguntas. Se requiere también pensar las maternidades a la luz de marcos históricos-sociales amplios, en los que las desigualdades se han materializado en experiencias y cuerpos diversos. Visibilizar las realidades que se califican como atípicas y/o ajenas, implica también repensar las prioridades de investigación, así como de las propias preconcepciones, incluso después de romper con otras previas.

Recomendación de lectura



Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución

Adrienne Rich, Traficantes de sueños.
Mapas, 2019

Esta obra es un clásico y un referente necesario para el estudio de las maternidades. Es un punto de partida para comprender la maternidad como acción y como institución. A través de un recorrido autorreflexivo, Rich cuestiona el control del pensamiento patriarcal y capitalista sobre el cuerpo de las mujeres, y pone en duda el rol del cuidado de las y los niños sobre las madres. Para la autora, las prácticas y las realidades de muchas mujeres superan la visión institucional del maternar; y a través de sus palabras nos invita a romper con la relación dolorosa y naturalizada entre el patriarcado y la maternidad.



La Perra

Pilar Quintana. Literatura Random House, 2019

La perra es una novela sobre el amor de las madres, la traición, la lealtad, la culpa y la soledad de las relaciones humanas. En un pequeño pueblo del Pacífico donde confluyen la belleza y la violencia de la región y conviven, separados, la riqueza y la pobreza, los blancos y los negros, tiene lugar la historia de Damaris. *La Perra* es una maravillosa obra de la literatura latinoamericana que sirve de puente para pensar y dialogar sobre la manera de narrar las categorías desde la academia. La li-

teratura contemporánea de mujeres latinoamericanas, como la de Pilar Quintana, ha venido marcando una forma creativa y profunda de contar las realidades y plantear discusiones que permitan deconstruir y romper con aquellas nociones hegemónicas que han desconocido la diversidad, y han negado las múltiples formas de ser en los diferentes contextos, especialmente aquellos olvidados, como en el caso del pacífico colombiano que sirve de escenario de esta historia. La invitación a leerla y a ampliar la discusión.

| Convocatorias

| Próximo número del boletín: (Trans)Fronteriza

Grupo de Trabajo CLACSO “Fronteras, movilidades, identidades y comercio”

Temática del número: Gestión de crisis y gobernabilidad de las migraciones en las Américas

Coordinadores: Carlos Alberto González Zepeda y Ester Serra Mingot

Contacto: carlosgonzalezzepea@gmail.com

| Seminario Permanente de Estudios Fronterizos

Maternidades: cuerpos, movimientos y fronteras

Coordinación: equipo miembro Grupo de Estudios Fronterizos

Segundo Semestre 2022

El Grupo de Estudios Fronterizos y el Grupo de Investigación Ecología del afecto convocan a mujeres activistas, madres/no madres, académicas, migrantes, y otras personas interesadas en formar parte del Seminario Permanente “Maternidades: cuerpo, movilidad y frontera”.

El objetivo de este seminario es plantear una discusión transdisciplinaria sobre las maternidades. Partimos de las siguientes preguntas guía, ¿qué es o qué significa materno? ¿quién o quiénes son los/las sujetos que maternan? ¿desde dónde se materna? Proponemos reflexionar colectivamente sobre la experiencia propia, pero en diálogo con los planteamientos de los estudios críticos de fronteras y la ecología del afecto

(Rodríguez, 2022), involucrando diversas perspectivas y enfoques sociológicos y antropológicos. Además, buscamos integrar metodologías orientadas a construir una escritura reflexiva sobre el tema. Nos situamos en la intersección y superposición de los procesos de movilidad en su sentido más amplio, es decir, no solo en el cruce de fronteras físicas o geográficas, sino también simbólicas, y los ejercicios o prácticas de matenar y no matenar.

El seminario se organiza en tres módulos (de 3 y 2 sesiones) y un taller de escritura (2 sesiones), cada uno de ellos estará guiado por colegas que conforman el grupo. Algunas sesiones contarán con la participación de invitadas especiales que abonarán a las discusiones. Al finalizar el seminario los/las participantes deberán presentar un escrito de su autoría, relacionado con los temas abordados en el seminario y con sus intereses de investigación/trabajo. Los textos serán evaluados para ser considerados en una publicación.

Los/as interesados/as en participar deben enviar una carpeta con resumen de CV y en un documento en word (máximo 2 cuartillas) exponer: interés en el tema, forma en que se ha aproximado a éste (proyecto, activismo, etc.) y la propuesta de texto a trabajar a lo largo del seminario.

Fecha límite de postulación 29 de julio de 2022. Notificación de resultados 10 de agosto.

Correo: estudiosfronterizos.org@gmail.com.

Fecha inicio: 17 de agosto 2022.

Horario: 10 a.m. a 1 p.m. CDMX (miércoles)

Sesiones por zoom: 11 (33 horas en total)

Se otorgará constancia de participación con el 80 por ciento de la asistencia.

Módulo 1. Ontología de maternar

Imparte: Roxana Rodríguez Ortiz

¿Qué otras formas de cuidado en comunidad son posibles? Cuidado entendido como hospitalidad incondicional. Una hospitalidad incondicional que se confunde casi siempre con el deber ser de lo que a veces malinterpretamos por el ser-madre si no alcanzamos a deconstruir en la concepción de incondicional lo que le corresponde como mandato (imperativo categórico de Kant). Maternar entonces no es un mandato antropocéntrico que deviene del parentesco ni mucho de la propiedad privada o los modos de producción heteronormativos, es un modo de existir en responsabilidad con lo otro (multiespecies) en un nivel ónto-ético en las comunidades revocadas (Jean-Luc Nancy) que vamos creando a partir de la potencia de afectar y ser afectadas. Comunidades que no recaban en la generosidad y mucho menos son autocomplacientes, pues como dice Nancy: “La única ley del abandono, como la del amor, es la de estar sin retorno y sin recurso”.

Módulo 2. Narrativas antropológicas sobre la maternidad

Imparte: Lucía C. Ortiz Domínguez

En este módulo se aborda la maternidad como una construcción social, como una posibilidad de experiencias que cuestionan los imaginarios maternos occidentales, que incomodan, que sorprenden, y que nos permiten (re)pensar la categoría desde múltiples prácticas y sentidos. A través de este bloque, se atraviesan tres fronteras: la conceptual, la de género y la metodológica. Por ello, en la primera parte del módulo se reflexionará sobre los límites de la categoría “maternidad”; en la segunda, nos enfocaremos en las “Transmaternidades”; y finalizaremos con una sesión metodológica sobre etnografía y auto etnografía, dos herramientas ampliamente utilizadas, con sentido político, cuando se busca hablar de maternidad.

Módulo 3. Estado, maternidades y movilidades. Imparte: Gabriela Pinillos

El tercer módulo se centra en pensar las maternidades desde la experiencia de las mujeres migrantes madres y no madres, cuya movilidad/inmovilidad y cruce de fronteras plantea una ruptura en los márgenes entre lo íntimo y lo público, lo moral y lo legal. Pensamos en esta posibilidad particularmente en el contexto de las migraciones actuales en México y en otras partes del mundo. Las maternidades en la movilidad se van configurando también como un ejercicio que crea nuevas formas de ciudadanía no sujetas a la nacionalidad, y que interpelan el papel del Estado como principal reproductor de una noción hegemónica de maternidad de familia y del rol de las mujeres en la sociedad, para sostenerse en ello.

Partiremos de la lectura que Seyla Benhabib hace sobre la noción de ciudadanía de Hannah Arendt. Discutiremos sobre bienestar y cuidado y debatiremos sobre la naturalización de los roles de las mujeres como una forma de sujeción de sus libertades y derechos, que ha permitido perpetuar formas de dominación y de control y el sostenimiento de un sistema que reproduce el privilegio de unos sobre la precarización y exclusión de otras y el deterioro indiscriminado de la naturaleza.

Taller I y II. Imparte: Yolanda Alfaro

El taller de presentación de textos es un espacio para que las participantes puedan presentar los avances de sus escritos, plantear sugerencias y observaciones para avanzar en la escritura, e intercambiar las dudas y/o las dificultades que se presentan a la hora de ejercitar la escritura reflexiva.

Política editorial

Enfoque

Boletín (Trans)fronteriza es una publicación de divulgación mensual del Grupo de Trabajo “Fronteras: movilidades, identidades y comercio” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) que se propone reunir textos sobre las diversas problemáticas fronterizas (movilidades, identidades y comercios) desde el lente de la coyuntura actual.

Es importante tener en cuenta que, aunque el Boletín cuenta con número de ISBN, las producciones no están sujetas a revisión por pares en modalidad doble ciego y a las exigencias formales de una revista científica.

Envíos

- a) Son bienvenidos textos sobre la coyuntura actual de las migraciones, movilidades y fronteras en las Américas, así como material visual. Las colaboraciones deben ser enviadas por correo electrónico a los coordinados de cada número o a través del correo gtfronterasmic@gmail.com. Las personas interesadas deberán enviar el texto en formato Word o RTF, y en el caso de incluir gráficas, cuadros y tablas, éstas deberán enviarse en la paquetería en la que fueron creadas.

Instrucciones para los autores

Sólo serán considerados los textos que cumplan las siguientes normas editoriales:

1. Ser artículos escritos en español y portugués. Con una extensión mínima de 1000 palabras y la máxima de 2000 palabras. Tipografía: Times New Roman 12 puntos, interlineado sencillo, papel tamaño carta.

2. Incluir en la primera página la siguiente información: título del trabajo en máximo 15 palabras.
3. Incluir el nombre del autor/a luego del título en el margen derecho, señalar en nota al pie el último grado cursado y la institución que lo otorga, indicar la adscripción institucional y el correo electrónico de contacto. Aclarar si es miembro del GT CLACSO Fronteras: movilidades, identidades y comercios.
4. Todos los textos, al ser de carácter divulgativo deberán evitar las notas al pie de página y el uso de referencias bibliográficas. Salvo que sea necesario y sólo en casos específicos que se justifiquen. Ello no significa que el texto no será revisado para evitar prácticas deshonestas e indebidas como el plagio.
5. Las imágenes utilizadas deben contar con buena resolución/calidad (300 dpi). Las mismas deben estar autorizadas o no contar con restricciones de permisos de uso y publicación.
6. Se devolverán a las autoras/es aquellos envíos que no cumplan las condiciones estilísticas y bibliográficas establecidas.

Proceso de revisión

El proceso de revisión estará a cargo de lxs coordinadorxs de cada número, así como por lxs integrantes del Comité Editorial.

- Para que un texto pueda ser considerado publicable, primero se verificará que cumpla con los requerimientos de forma antes señalados.
- Posteriormente, los manuscritos serán revisados por algunos miembros del comité editorial para evaluar su pertinencia.
- Finalmente, los resultados de la revisión se comunicarán al autor/a través de correo electrónico.

Convocatoria

- Es mensual y se comunicará la temática a través del Boletín previo a cada número, así como por correo electrónico.
- Ponte en contacto con nosotros a través del siguiente email: gt-fronterasmic@gmail.com
- Consulta y descarga de manera gratuita todos los números en: Boletines - Fronteras: movilidades, identidades y comercios archivos - CLACSO

Las opiniones e ideas expresadas por lxs autores son de su exclusiva responsabilidad. Y no reflejan la postura del editor del Boletín (Trans) Fronteriza.

Comité Editorial

